

— Ë —
ORIGEN
— DE LA —
MONSTRUOSIDAD
▼▼▼



JORGE BAFICO

EL ORIGEN DE LA
MONSTRUOSIDAD

Los asesinos seriales más famosos
de los últimos tiempos

indicins

Argentina – Chile – Colombia – España
Estados Unidos – México – Perú – Uruguay – Venezuela

Bafico, Jorge

El origen de la monstruosidad. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
Indicios, 2015.

200 p. ; 23x15 cm.

ISBN 978-987-29906-3-3

1. Narrativa Argentina. 2. Novela. I. Título
CDD A863

Dirección editorial: Anabel Jurado

Diseño de Tapa: MZMS Macarol Stambuk

Composición de interior: MZMS Macarol Stambuk

Corrección: Fernanda Argüello

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

© 2014 *by* Jorge Bafico

© 2014 *by* EDICIONES URANO S.A. - Argentina

Paseo Colón 221 – C1063ACC – Ciudad de Buenos Aires

info@edicionesurano.com.ar

www.edicionesurano.com.ar

1ª edición

ISBN 978-987-29906-3-3

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723

Impreso en Arcángel Maggio – División Libros,

Lafayette 1695 (C1286EAC), Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Marzo de 2015

Impreso en Argentina. Printed in Argentina

Índice

Prólogo del doctor Adrián Besuschio.	9
Prólogo de Silvana Tanzi.	13
¿Monstruos?.	17
¿Un problema de amor?	23
Los asesinos	31
1. Un asesino serial de película: Hannibal Lecter	33
2. ¿De qué hablo cuando hablo de Dexter?	55
Análisis de un asesino justiciero	59
3. Ted Bundy: «El asesino de la carretera»	65
Sobre perversiones, psicopatías y Ted Bundy	83
4. La historia de John Wayne Gacy: «El payaso asesino»	97
Análisis de un payaso poco gracioso.	105
5. Edmund Kemper: cuando una madre vocifera	117
¿Perversión o psicopatía?	137
6. Richard Trenton Chase: «El asesino vampiro»	143
Una esquizofrenia serial	147
7. David Berkowitz: «El hijo de Sam»	153
Cuando los perros hablan	157
8. La locura de Jeffrey Dhamer	165
Sobre desencadenamientos y desenganches	171
9. Luis Alfredo Garavito: «La Bestia».	181
Análisis de un violador	187
Final	197
Agradecimientos.	199



Dedicatoria

El ex agente del FBI Robert Ressler creía que los asesinos seriales eran consecuencia de un mal padre y la falta de amigos en la adolescencia...

Tomando esta tremenda conclusión como cierta, dedico este libro a aquellos que me salvaron, entre otras cosas, de ser un asesino en serie:

A mi padre, que siempre estuvo. A los amigos de mi infancia y adolescencia que aún lo siguen siendo: Marina Abraham, Gustavo Armelino, Emilio Canestrini, Carlos Carlomagno, Gustavo Ruiz. Y a mi hermano Diego Bafico.



Prólogo del doctor Adrián Besuschio

Los homicidios seriales son actualmente objeto de estudio de la Psiquiatría, el Psicoanálisis y principalmente la Psicopatología Forense. Han alcanzado notoriedad en los medios de comunicación despertando, sobre todo en los últimos tiempos, interés y conmoción en la opinión pública debido posiblemente a que ha habido un aumento en la frecuencia de su aparición y en la violencia que subyace a los mismos. Pese a esto, existe escasa bibliografía psicoanalítica en nuestro medio y a nivel internacional sobre el tema.

Jorge Bafico y sus colaboradores se internan en el enigmático mundo de los asesinos seriales, profundizan en los laberintos de su mente y los emergentes externos de esta: la conducta homicida.

A través de un detallado estudio de cada uno de los nueve asesinos seriales citados en la obra, nos acerca a sus antecedentes infantiles, sus traumas previos a las actuaciones, el desencadenamiento de la locura y cómo cada uno se entregó o permitió que su universo vincular se trasladara desde el anonimato a la notoriedad pública, más allá de que esta se continúe irremediablemente con la cárcel.

El autor hipotetiza acerca de cómo la psicopatología moderna puede conceptualizar a esta «monstruosidad» actual, tamizando la conducta y el discurso del asesino a través del conocimiento psicopatológico contemporáneo, arribando a conclusiones teóricas y clínicas que constituyen un original aporte a las ciencias forenses y especialistas interesados en el tema.

El lector «aficionado» o no a esta patología social, al tomar contacto con las páginas de este libro, encontrará una narración llevadera y atrapante de las conductas desesperadas de seres humanos que tienen una imperiosa y fallida necesidad de vincularse con un *Otro*, controlarlo y dominarlo hasta el extremo de lograr constituirse en el dueño de su vida y de su muerte.

La muerte de su víctima le aseguraría la certeza de no perderlo, adueñándose de sus órganos, partes mutiladas de su cuerpo, que lo acompañan durante algún tiempo, atesorando los restos en su propio hogar, jardín de su casa o lugares cuidadosamente elegidos. Pese a ello, estos objetos no son suficientes para evocar su ausencia, renovándose un nuevo ciclo de furor asesino y con él, la serialidad.

El autor nos acerca originales e innovadoras conclusiones acerca de los posibles diagnósticos de cada asesino serial analizado en su libro, internándose en la historia de la psiquiatría y el psicoanálisis, las últimas tendencias taxonómicas actuales, con fundamentaciones metapsicológicas desde diferentes paradigmas, citando a Pinel, Kraepelin, Freud y Lacan entre otros.

Otra de las afirmaciones que se vuelcan en sus páginas representa un aporte a la psicología social, la antropología y la sociología: me refiero a conceptualizar al *Asesino Serial* como los nuevos «Frankensteins», «Dráculas» o, me atrevo a agregar, a Jack de Ripper, y tal vez criaturas mitológicas y demoniacas de la historia de la humanidad.

Este original pensamiento caracterizaría al asesino serial como fruto de la construcción social de nuestra época, en demanda de representantes que se hagan cargo de lo más ominoso, descarnado y abyecto de la naturaleza humana, la muerte de un inocente, víctima de una locura social.

Como nos enseñara el creador del psicoanálisis (Freud fue quien le infringió la tercera herida narcisista que ha sufrido la

humanidad, después de Copérnico y Galileo) «los neuróticos sueñan lo que los perversos realizan, o (parafraseando a Bafico), actúan».

DR. ADRIÁN CÉSAR BESUSCHIO

Psiquiatra forense



Prólogo de Silvana Tanzi

Las historias sobre asesinos en serie producen una mezcla de sensaciones que van del rechazo a la curiosidad, del escalofrío a la atracción. Es lo que ocurre al leer *El origen de la monstruosidad*, un libro sobre la maldad y también sobre el poder del horror.

Jorge Bafico, junto con un grupo de estudiantes, analiza desde el punto de vista clínico, y en forma didáctica y accesible, la trayectoria de nueve asesinos en serie. Como el tema está de moda en series y películas, no hay que confundirse: este libro no fue escrito para despertar el morbo con truculentos asesinatos, sino para entender el origen de la monstruosidad. Con este trabajo se confirma lo que alguna vez dijo Stephen King: «Los monstruos son reales, y los fantasmas también: viven dentro de nosotros y, a veces, ellos ganan».

Dos de los asesinos que se analizan en este trabajo son de ficción. Uno es el protagonista de la exitosa serie *Dexter*; el otro es Hannibal Lecter, el terrible caníbal de *El silencio de los inocentes*. Inteligentes, complejos y feroces, ambos aplacan con la muerte sus demonios interiores, se quitan la máscara y dejan salir al monstruo. Pero más allá de su crueldad, son personajes seductores que generan

cierta empatía con el público. Además, sus asesinatos quedan en la pantalla, y eso es, sin dudas, un alivio.

Al contrario de estos personajes, los otros siete asesinos que aparecen en *El origen de la monstruosidad* no despiertan ninguna empatía y mucho menos alivio. Aunque sus historias sirvieron para alimentar varias ficciones, ellos son asesinos reales que transitaron por la sociedad buscando a los seres más vulnerables, sobre todo a mujeres jóvenes, a adolescentes y a niños. Para engañarlos, adoptaron diferentes máscaras, como la del joven universitario Ted Bundy, que elegía a sus víctimas entre las estudiantes, o la de John Wayne Gacy, quien, vestido de payaso, visitaba el sector oncológico del hospital para alegrar a los niños internados.

Todos fueron «raros» desde su infancia. Richard Chase, por ejemplo, destripaba animales y se bañaba con su sangre, hasta que se convirtió en «El vampiro de Sacramento». David Berkowitz escuchaba voces que le daban órdenes, y un día comenzó a sentir que los perros le hablaban, entonces pasó a ser «El hijo de Sam». Jeffrey Dahmer tenía un cementerio de animales en el fondo de su casa, y años después cambió los animales por muchachos jóvenes. Luis Alfredo Garavito, el único caso latino analizado, también atacaba animales para inspeccionar sus vísceras y terminó siendo «La bestia» que asesinó a ciento cuarenta niños.

El origen de la monstruosidad permite detenerse en otras figuras, como en la del agente del FBI Robert Ressler, quien encontró un perfil para este tipo de asesinos y los llamó *serial killers*. Hay que imaginarse a Ressler en los interrogatorios, escuchando los detalles de las torturas, frente a la maldad en su estado más puro. ¿Dormiría bien después de interrogar a decenas de asesinos seriales? La conversación que mantuvo con Chase, y que se transcribe en el libro, indica que el agente del FBI no volvió a dormir tranquilo: «Nunca los olvidaré. Eran como los ojos del monstruo de la película “Tiburón”. No había pupilas, solo puntos negros. Eran ojos malvados que recordé durante mucho tiempo después de la entrevista. Casi tuve la impresión de que no podía verme, que más bien miraba a través de mí, sin más».

El origen de la monstruosidad puede tener varias lecturas y despertar preguntas que serían motivo de un análisis diferente. Una de

ellas es: ¿por qué los asesinos en serie se concentran en el mundo anglosajón, especialmente en Estados Unidos? Algo habrá en esa sociedad en la que el *serial killer* se ha vuelto un fenómeno netamente masculino. Que uno de los asesinos más famosos se llame John Wayne puede dar alguna pista.

Vale la pena aventurarse en la lectura de *El origen de la monstruosidad* para comprender por qué, como concluyó el agente Ressler, el asesino en serie sufre de un problema de amor, del amor que no recibió en su infancia. Entonces, cuando se termina el libro hay que ir y abrazar más a los hijos, a los nietos, a los niños.

SILVANA TANZI

Periodista



¿Monstruos?

Albert Fish fue uno de los asesinos seriales más crueles y estremecedores del siglo xx. Este hombre con apariencia de abuelo dócil fue sentenciado a la silla eléctrica por matar y torturar a más de quince niños. Sus vecinos nunca se enteraron de esto, lo consideraban un hombre apacible, religioso, abstemio y amable. Muchas veces los asesinos seriales se presentan como personas comunes y corrientes. La vida de Fish aparecía sin estridencias hasta que fue descubierto su mundo de horror.

Estando ya preso, la madre del niño Billy Gaffney, una de sus víctimas, concurre a la correccional de Sing Sing solo para preguntarle acerca del paradero de su hijo, ya que el cuerpo nunca fue hallado. La respuesta del Maníaco de la Luna¹ no se hizo esperar:

«Lo llevé a los basureros de Avenida Riker. Ahí hay una casa abandonada, no lejos de donde lo capturé. Llevé al chico ahí, lo desnudé y até sus manos y pies, lo amordacé con un trapo sucio que encontré en el basurero. Entonces quemé sus ropas, tiré sus zapatos.

¹ El sobrenombre Maníaco de la Luna tenía que ver con su necesidad de comer carne cruda las noches de luna llena.

Regresé y tomé el tranvía de la calle 59 a las 2 a.m. y caminé de ahí a casa. Al siguiente día cerca de las 2 p.m., llevé herramientas y un muy buen azote casero con mango corto. Corté uno de mis cinturones a la mitad, corté esas mitades en seis tiras de cerca de veinte centímetros de largo. Azoté su trasero descubierto hasta que la sangre corrió por sus piernas. Corté las orejas, la nariz, corté la boca de oreja a oreja. Le saqué los ojos. Estaba muerto entonces. Enterré el cuchillo en su vientre, acerqué mi boca a su cuerpo y bebí su sangre.

Recogí cuatro bolsas viejas y reuní una pila de piedras. Entonces lo corté en pedazos. Puse su nariz, orejas y unas cuantas tiras del vientre en mi puño. Entonces lo corté por el centro del cuerpo, apenas debajo del ombligo. Después, a través de sus piernas, aproximadamente cinco centímetros debajo de su trasero. Le corté la cabeza, pies, brazos, manos y las piernas debajo de la rodilla. Coloqué todo esto dentro de las bolsas llenas de piedras, las até y las arrojé en las corrientes de agua pantanosa que hay a lo largo del camino que va a North Beach. Regresé a casa con mi carne. Me quedé con el frente de su cuerpo que me gustaba, su mono (pene) y pee wees (testículos) y un agradable y gordo trasero, para asar en el horno y comer. Hice un estofado con sus orejas y nariz, pedazos de su cara y el vientre. Puse cebollas, zanahorias, nabos, apio, sal y pimienta. Estaban buenos. Entonces partí su trasero, corté su pene y testículos, los lavé primero. Puse tiras de tocino en cada nalga y las llevé al horno. Elegí cuatro cebollas y cuando la carne se había asado cerca de un cuarto de hora, vertí un poco de agua para la salsa de la carne y agregué las cebollas. A intervalos frecuentes, rocié su trasero, con una cuchara de madera, así la carne sería agradable y jugosa. Nunca comí algún pavo asado que tuviera la mitad del sabor que este dulce, gordo y pequeño trasero. Comí cada bocado de carne en cerca de cuatro días. Su pequeño mono era dulce como la nuez, pero sus pee wees no pude masticarlos. Los arrojé al inodoro».

¿Cómo pensar psicopatológicamente a Albert Fish después de leer esta carta? Quizás lo más cercano sería lo que Michel Foucault plantea como monstruo. Foucault en «Los Anormales», curso dictado en el *Collège de France* entre enero y marzo de 1975, sitúa al monstruo dentro del ámbito de las anomalías, y lo refiere como el producto de la violación a las leyes de la sociedad y de la naturaleza.

Albert Fish, como otros casos que vamos a plantear en este libro, podría inscribirse en esta categoría. Después de ser arrestado se le hizo una serie de exámenes clínicos, entre ellos una radiografía que mostró la presencia de veintisiete agujas en su cuerpo. Habían sido insertadas en la piel por él mismo; algunas se encontraban en zonas extremadamente peligrosas, como el colon, el recto y la vesícula.

Albert Fish nunca dio una explicación del porqué de su monstruosidad, apenas podemos rastrear un indicio que aparece en una carta anónima que envió a los padres de una de las víctimas en la que cuenta sus aficiones por el canibalismo:

«Estimada Señora Budd. En 1894 un amigo mío fue enviado como asistente de plataforma en el barco de vapor *Tacoma*, del capitán John Davis. Viajaron de San Francisco a Hong Kong, China. Al llegar ahí, él y otros fueron a tierra y se embriagaron. Cuando regresaron el barco se había marchado. En aquel tiempo había hambruna en China. La carne de cualquier tipo costaba de 1 a 3 dólares por medio kilo. Tan grande era el sufrimiento entre los más pobres que todos los niños menores de doce años eran vendidos como alimentos en orden de mantener a los demás libres de morir de hambre. Los menores no estaban seguros en las calles. Uno podía entrar a cualquier tienda y pedir un corte en filete o carne de estofado. La parte del cuerpo desnudo de un chico o chica sería expuesta y lo que uno quisiera sería cortado de él. El trasero de un niño, que es la parte más dulce del cuerpo, era vendida como chuleta de ternera a un precio muy alto. John permaneció ahí durante mucho tiempo adquiriendo gusto por la carne humana. A su regreso a Nueva York, secuestró a dos chicos, uno de siete y uno de once años de edad. Los llevó a su casa, los desnudó y los ató a un armario. Entonces quemó todo lo que ellos portaban. Varias veces cada día y cada noche los azotó –los torturó– para hacer su carne buena y tierna. Primero mató al chico de once años de edad porque tenía el trasero más gordo y, por supuesto, una mayor cantidad de carne en él. Cada parte de su cuerpo fue cocinada y comida excepto la cabeza, huesos e intestinos. Fue asado en el horno, hervido, frito y estofado. El chico pequeño fue el siguiente, de la misma manera. En aquel tiempo, yo vivía en la calle 409 E 100 cercana a la derecha. Él me decía tan frecuentemente cuán buena era la carne humana, que decidí probarla.

El domingo 3 de junio de 1928, yo la visité en el 406 W 15 de la calle Brought, usted me ofreció queso y fresas. Almorzamos, Grace se sentó en mi regazo y me besó. Decidí comerla. Por eso inventé lo de llevarla a una fiesta. Usted dijo que sí, que ella podría ir. La llevé a una casa vacía en Westchester que yo ya había escogido. Llegamos y le dije que se quedara afuera. Ella recogió flores, subí y me quité mis ropas. Yo sabía que no debía tener sangre en ellas. Cuando todo estuvo listo, me asomé a la ventana y la llamé. Entonces me oculté en un armario hasta que ella estuvo en la habitación. En cuanto me vio completamente desnudo comenzó a llorar y a tratar de correr escaleras abajo. La atrapé y me dijo que se lo diría a su mamá. La desnudé. Pateó y me rasguñó. La estrangulé y entonces la corté en pequeños pedazos para poder llevarme la carne a mis habitaciones. La cociné y comí. ¡Cuán dulce y tierno fue su trasero asado en el horno! Me llevó nueve días comer su cuerpo entero. No la violé como hubiera deseado. Murió virgen».

Albert Fish confesó ante el perito psiquiatra que por «orden divina» se veía obligado a torturar y matar niños. El comérselos le provocaba un éxtasis sexual muy prolongado.

«Cuando no las comprendía, trataba de interpretarlas con mis lecturas de la Biblia [...] “Entonces supe que debería ofrecer uno de mis hijos en sacrificio para purificarme a los ojos de Dios de las abominaciones y los pecados que he cometido.” Tenía visiones de cuerpos torturados en cualquier lugar del Infierno.»

El delirio místico pareció evidente a los expertos pero lo declararon en sanas facultades mentales cuando cometió los asesinatos. También reveló que le gustaba comerse sus propios excrementos e introducirse trozos de algodón empapados con alcohol dentro del recto y prenderles fuego. Horas antes de ser ejecutado en la silla eléctrica, manifestó: «No soy un demente, solo soy un excéntrico. A veces ni yo mismo me comprendo».

Albert Fish tenía una psicosis compensada en forma perversa, las alucinaciones verbales, en este caso la voz de Dios, le habían ordenado el sacrificio de niños, como así también la castración de dos jóvenes. No hay dudas de que Albert Fish estaba, por sobre todas las cosas, loco, aunque era una locura enigmática y feroz.

Hace años cuando trabajaba como psicólogo en el penal de Libertad, entrevisté a un recluso procesado por homicidio. Había entrevistado a varios, pero su caso era particular. Se trataba de un homicida que había matado salvajemente a su esposa a tizeretazos, había herido a dos policías y luego se había automutilado. La escena había sido terrible, la impresión que uno tenía, era que se encontraba frente a un ser destructivo y cruel, un verdadero monstruo. Después de atacar a su mujer y a los policías, se cortó el abdomen y estuvo al borde de la muerte. Quedó en cuidados intensivos en coma farmacológico por dos semanas. Cuando despertó, lo primero que hizo fue preguntar por su esposa.

No tenía registro alguno de lo que había pasado. Sin embargo la primera vez que lo vi daba una sensación de fragilidad indescriptible. Este hombre era un psicótico, un loco que nunca había delirado, ni antes ni después del homicidio, simplemente explotó en un acto feroz. Los psicoanalistas llamamos a eso «pasaje al acto». Este homicidio se inscribió bajo el modo de la urgencia y lo enigmático. De ahí la dificultad para poder entenderlo.

Tanto este recluso como los asesinos seriales que vamos a analizar tienen en común la locura, la muerte y lo enigmático. El desafío que tenemos es intentar acercarnos a su subjetividad para poder entender algo de esta monstruosa locura, que no deja de ser humana.



¿Un problema de amor?

Para aplicar el concepto de asesinos seriales, vamos a tener que hablar del ex agente del FBI Robert Ressler, ya que fue el primero en introducir el término *serial killer* (asesino serial).

En los años setenta la sociedad americana estaba conmovida por una ola de asesinatos sin causa aparente. La gente tenía miedo de salir a la calle. Hasta ese momento los agentes federales no sabían cómo atrapar a ese tipo de criminales porque no entendían su móvil. Los métodos tradicionales que usaban, como el examen de huellas dactilares, de sangre y de semen, no resultaban eficientes.

Con el fin de poder atraparlos, el FBI creó la Unidad de Ciencias del Comportamiento, dirigida por Ressler, con el fin de comprender las motivaciones y el perfil de los asesinos seriales.

Ressler introdujo el concepto de un perfil psicológico específico del asesino serial y partió de la idea de que sus comportamientos, precursores del asesinato, siempre han estado presentes, desde la infancia. Dicho de otra manera, la infancia sería de alguna manera el motor de los crímenes. A partir de los aportes de la Unidad de Ciencias del Comportamiento del FBI, la forma de perseguir a los asesinos seriales cambió drásticamente.

La investigación realizada por Ressler² fue la más amplia, rigurosa y completa que jamás se realizó hasta ahora. Se entrevistó a una treintena de asesinos, se creó un protocolo de investigación y se evaluaron sus historias de vida y sus motivaciones. Se estima que un setenta y cinco por ciento del total de los asesinos seriales reside en los Estados Unidos, mientras que los demás se reparten en el resto del mundo y la mayor parte son hombres.

El asesino serial promedio estaría representado por un hombre que proviene de la clase social media-baja, generalmente de no más de treinta años, que sufrió abuso físico, mental, o ambos, en su niñez. Algunos de ellos son personas muy inteligentes, que generaron grandes expectativas entre sus familiares. También se sabe que muchos de ellos tienen fijación por la policía y otras figuras de autoridad. Algunos trataron de ser incorporados a la institución policial, pero fueron rechazados, otros sirvieron en el Ejército.

Además Ressler plantea una diferenciación entre los asesinos seriales y los asesinos en masa y los *spree killers*. Los asesinos en masa son aquellos que llegan a los lugares públicos y comienzan a matar a varias personas; a veces se suicidan y habitualmente no tienen planeado su escape. Por lo general, el asesino en masa es un hombre de unos veinticinco a cuarenta años de edad, que muy probablemente padezca de algún problema mental. Se presentan como sujetos con una infancia de violencia y fueron rechazados por parte de alguna institución militar o policíaca. Suelen llegar armados, vestidos con trajes militares. Matan a todos aquellos que se interponen en su camino, sin importar de quiénes se trate, aunque la mayoría de las veces son individuos que personifican la causa de su furia.

Los *spree killers* matan súbitamente a muchas personas y en períodos muy cortos; el serial, por el contrario, toma su tiempo para cometer cada asesinato. El *spree killer* representa a un asesino de tipo mixto. Se asemeja al asesino serial, pero su accionar es muy veloz y sus motivaciones no son las mismas que las del asesino serial. Se trata de hombres cuya edad oscila entre los veinte y los treinta años.

2 Para ampliar en el tema, pueden consultarse los libros de Robert Ressler *Asesinos en serie*, Ariel, Barcelona, 2005, y *Dentro del monstruo*, Alba Ediciones, Barcelona, 1997.

Este tipo de criminal tirotea a la gente al igual que el asesino en masa, pero –a diferencia es de que este– trata de pasar desapercibido y huye tanto del público como de la autoridad. Generalmente actúa como francotirador.

Los asesinos seriales propiamente dichos se caracterizan por matar un mínimo de tres a cinco personas con más de un día entre un crimen y el siguiente. El asesino no tiene relación previa con las víctimas y el crimen ocurre al azar o sin conexión con los otros. Robert Ressler además los divide en dos grupos, los de tipo organizado y los de tipo desorganizado.

A) Asesino organizado:

- Su inteligencia está por encima del promedio.
- Lleva consigo el instrumental para matar: cuerda, esposas, cloroformo, etc.
- La violación y tortura ocurren antes del asesinato, para su gratificación.
- El crimen se produce como resultado de un largo proceso, con el propósito previo de realizar su fantasía.
- Dado que es consciente de que el asesinato deja evidencia de sus acciones, trata de esconder o destruir las posibles pistas.
- Para evitar o demorar su posible captura, esconde, entierra o destruye el cuerpo de la víctima. Tiempo después, este asesino puede interesarse en el crimen por él mismo cometido, participa en las pesquisas de la policía o llama a las líneas telefónicas dispuestas para los familiares de las víctimas.
- Es de apariencia normal, incluso atractiva.
- Tiene un trabajo decente que le permite vivir correctamente.
- Se siente superior al resto de las personas.
- Tiene buena habilidad para comunicarse y hablar.
- Es provocado por causas que le generan enorme estrés.
- Esencialmente está enojado con las mujeres o con la sociedad.
- Ama sentirse fuerte y con autoridad.
- Es incapaz de enamorarse y sus relaciones sexuales están desprovistas de todo tipo de ternura.

- No planea a futuro y muchas veces –aun siendo muy inteligente– actúa como si no tuviera idea de las consecuencias de su comportamiento, ya sea para sí mismo o para los demás.
- A veces es experto en leer las reacciones de los demás o adivinar lo que otros van a necesitar o a hacer, pero no puede captar la dimensión ética de los actos propios o ajenos.
- No busca solo el sufrimiento del otro, sino también su angustia.
- Antes de llevar adelante cualquier acción, le comunica a su víctima lo que le va a pasar. De este modo, intenta primero que la angustia caiga sobre todo el cuerpo y luego, si hay fragmentación del cuerpo, que la angustia recaiga sobre lo que le puede llegar a pasar a la parte del cuerpo no fragmentada o mutilada. La particularidad del goce sádico reside en que depende de la subjetivación que realiza la víctima.
- En la mayoría de los casos, su padre tenía un empleo estable y adecuado.

B) Asesino desorganizado:

- No hay planificación del crimen.
- No carga con el clásico *kit* de herramientas para matar, usa sus manos, algún arma punzocortante o una pistola.
- No existe contacto con la víctima hasta que el fatídico momento ocurre.
- El ataque del asesino es furioso y decisivo. La víctima recibirá rápidas heridas que serán desde un principio mortales.
- No se preocupa por la evidencia que queda después del crimen. Simplemente se marchará sin mayores consideraciones.
- No se interesa por esconder el cuerpo de la víctima.
- El padre no tenía trabajo estable.
- Su familia fue mal constituida, a veces tuvieron problemas de alcohol o drogas.
- Generalmente no es inteligente.
- No terminó la escuela.
- Posee una apariencia poco atractiva, tiene una imagen pobre de sí mismo y por lo tanto se siente aislado.

- Es solitario, completamente excluido de la interacción social.
- Es incapaz de relacionarse con los demás.
- También es incapaz de mantener relaciones sexuales, o es muy malo para ello.
- Es posible que haya permanecido algún tiempo en una institución para enfermos mentales.
- Su casa y sus cosas demuestran escaso orden y mucha suciedad.
- Usualmente llega y se va de la escena del crimen caminando o en auto.

Los motivos

Robert Ressler cree encontrar el problema del asesino serial en la infancia y lo relaciona directamente a **la falta de amor**, con historias marcadas por problemas de adaptación social y de abuso infantil.

«Para ellos hubo poco contacto y afecto. En su infancia sufrieron tanto maltrato físico como psicológico. Hasta cierto punto, la sociedad ha comprendido que el maltrato físico es un precursor de la violencia, pero el componente emocional puede ser de igual importancia. Una madre solía dejar a su bebé en una caja de cartón delante del televisor mientras se iba al trabajo; cuando volvía, le tiraba un poco de comida y lo dejaba solo otra vez con el televisor hasta que regresaba a casa. Otro sujeto nos contó que durante su infancia lo encerraban en su cuarto por la noche; cuando salía de su habitación e iba al salón, lo mandaban a otra parte porque la noche era el momento en que su papá y su mamá querían estar solos. El niño creció pensando que era un huésped indeseado en su propia casa.

Estos niños se criaron en un ambiente que hacía caso omiso de sus actos, donde nadie ponía límite a lo que podían hacer. Una de las tareas de los padres es enseñarle a su hijo la diferencia entre lo bueno y lo malo. Nuestros asesinos, sin embargo, llegaron a la edad adulta sin que nadie les hubiera enseñado que no se le debe meter algo en el ojo a un cachorro porque causa daño, o que destruir la propiedad ajena no está permitido. El

trabajo que deben llevar a cabo los padres durante los primeros seis años es la socialización del niño, enseñarle que vive en un mundo en el que también viven otras personas y que es importante interactuar bien con ellas. El niño cuya crianza lo encamina hacia el asesinato interpreta el mundo en términos egocéntricos, porque sus profesores –principalmente, su madre– no han impartido bien esta crucial asignatura.

A veces, la madre, incluso cuando cría a su hijo con cariño, no puede compensar la conducta destructiva del padre. En uno de los casos el padre formaba parte del Cuerpo de Marina y pasaba mucho tiempo fuera; las pocas veces que volvía a casa, los hijos se aterrorizaban porque solía pegarles a ellos y a su madre. También abusaba sexualmente del hijo, que posteriormente se convirtió en un asesino. Más del 40% de los asesinos afirmó haber sufrido golpes y maltrato físico en la infancia, mientras que más del 70% dijo haber sufrido o presenciado actos sexualmente estresantes, un porcentaje muchas veces superior al que se suele encontrar en la población general»³.

Los motivos psicológicos y precursores al asesinato siempre han estado presentes, y para el creador del término *asesino serial* son los siguientes:

- El problema pasa básicamente por una débil o nula figura de padre.
- Si bien muchos de los asesinos seriales provienen de hogares bien constituidos y en apariencia normal, en realidad no es así: casi 70% de los casos tenían problemas por abuso de alcohol y drogas.
- Todos tuvieron una madre fría, distante y negligente.
- Llegaron a la adultez sin una «apropiada» educación en normas morales y sociales.
- No tuvieron contención ni protección familiar.
- No aparece una figura fuerte paterna en la preadolescencia.
- Todas las situaciones negativas a las que se vieron expuestos en

3 Ressler, R. (2005). *Asesinos en serie*, Ariel, Barcelona, p.118.

la primera infancia fueron reforzadas luego en la preadolescencia.

- Suelen estar solitarios entre los ocho y los doce años.
- Un 80% de los asesinos seriales tiene una tendencia al consumo de pornografía, prácticas masoquistas y fetiches.
- Sufren inmadurez psicológicamente sexual.
- No solo le han fallado en la familia, sino también en el sistema escolar, en los servicios sociales y en instituciones diversas.
- No han sido modeladas las habilidades interpersonales.

Ressler hace aportes muy valiosos, por ejemplo, niega que los asesinos provienen de hogares pobres y desestructurados. Su estudio demostró que no era realmente así. Muchos de los asesinos habían nacido en familias que no vivían en condiciones de pobreza extrema y que tenían unos ingresos estables. Más de la mitad vivían en hogares «bien constituidos» que contaban tanto con un padre como con una madre. Eran, en general, niños inteligentes. Pero su aporte más importante es que considera como causa de la monstruosidad al amor y a la infancia como el motor de los asesinatos. El amor, dice Ressler, es el problema. Este investigador de FBI, científico, forense y pragmático a ultranza, ensaya como conclusión a su investigación una lectura muy cercana a la que el psicoanálisis podría hacer.

El psicoanalista Jean Alain Miller plantea que el psicoanálisis ha mostrado que nuestro ser incluye una parte desconocida: el inconsciente reprimido, ese que nos impulsa y nos hace actuar. Y plantea que el crimen desenmascara algo propio de la naturaleza humana; aunque por supuesto existan en nosotros valores morales y éticos que dejan estas cuestiones en el terreno de la fantasía. Para Miller, lo humano puede ser, precisamente, lo conflictivo entre las vertientes de la ley y del goce. El *serial killer* estaría desprovisto de este conflicto.

No hay que ser demasiado inteligente para pensar que varios niños tuvieron infancias poco felices como estos asesinos seriales y no acabaron convirtiéndose en homicidas. Para eso, Ressler agrega un segundo elemento con relación al amor, que tiene que ver con la preadolescencia:

«Es verdad que la mayoría de los niños que han tenido una infancia anómala no acaban matando o cometiendo actos antisociales violentos. Por lo que pudimos ver, ello se debe a que la mayoría se salva gracias a la intervención de una figura fuerte en la siguiente fase de la infancia, la preadolescencia. A nuestros sujetos, sin embargo, nadie los salvó cuando se estaban ahogando; más bien al contrario: se los empujó todavía más hacia el fondo. Entre los ocho y doce años, todas las tendencias negativas a las que estuvieron expuestos se vieron exacerbadas y reforzadas. Lo que un niño realmente necesita en esta fase es un padre, y fue justamente en ese momento cuando, de un modo u otro, la figura paterna desapareció para la mitad de los sujetos. Unos padres murieron, otros fueron encarcelados, y la mayoría simplemente se fue por la vía del divorcio o el abandono, otros padres, aunque físicamente presentes, se alejaron emocionalmente»⁴.

Ressler simplifica el volverse un asesino serial a una serie de acontecimientos que se repiten en la historia de estos sujetos en dos momentos: la infancia y la preadolescencia. La falta de una figura paterna fuerte y afectiva y la presencia de una madre lejana y poco contenedora, sumado al maltrato psicológico, nos revela una ecuación que podríamos llamar *monstruosa*. Sin embargo, muchos niños y preadolescentes vivieron experiencias similares y tuvieron este tipo de padres y no necesariamente se convirtieron en asesinos terribles. Robert Ressler emplea un reduccionismo casi absurdo para intentar explicar algo que es imposible de explicar: una misma naturaleza o consistencia psicológica en el asesino serial.

4 *Ibíd.*, p. 121.